

—Eso es háganos usted ver su experiencia, dijo el Psicólogo, aunque todo eso no sea más que una farsa, ya sabe usted!

El Explorador del Tiempo nos miró uno á uno sonriendo. Después, siempre con su ligera sonrisa y con las manos hundidas en las bolsas de su pantalón, salió lentamente de la sala, y oímos sus pantuflas arrastrarse á lo largo del pasillo que conducía á su laboratorio.

El Psicólogo nos miró.

—Yo me pregunto si va á hacer alguna suerte de escamoteo, dijo el Doctor y Filby nos empezó á contar la historia de un conjurador que había visto en Breslau, pero aun antes que hubiese terminado su prefacio, el Explorador del Tiempo volvió y la anécdota de Filby se quedó ahí.

II

LA MAQUINA.

El objeto que el Explorador del Tiempo tenía en la mano era una especie de mecánica en metal brillante; apenas más grande que un relojito y muy delicadamente hecha. Comprendía también diversas partes de marfil y otras de una sustancia cristalina y transparente.

Es preciso que yo trate ahora de ser extremadamente claro, porque lo que sigue, á menos que su explicación no sea aceptada, es una cosa absolutamente increíble. Tomó una de las pequeñas mesas octagonales que se encontraban en todos los ángulos de la pieza y la colocó delante de la chimenea, con dos de sus piés sobre la parte delantera del hogar. Sobre esta tabla colocó su mecanismo. Después aproximó una silla y se sentó.

El único objeto que aparte de éste había en la mesa era una lámpara con pantalla cu-

ya brillante claridad alumbraba plenamente la máquina. Había también al rededor una docena de bugías, dos en abortantes de cada lado de la chimenea y muchas otras en candelabros, de suerte que la pieza estaba brillantemente iluminada. Yo me senté en una silla baja, muy cerca del fuego y la empujé hacia adelante de manera de encontrarme casi entre el Explorador del Tiempo y la chimenea. Filby se había sentado detrás de él, mirándole por encima del hombro. El Doctor y el Provinciano el observaban de lado y á la derecha, el Psicólogo á la izquierda. Todos estábamos dándonos el quien vive, y me parece imposible que en estas condiciones hayamos podido ser víctimas de alguna superchería.

El Explorador del Tiempo nos miraba uno á uno; después contempló su máquina.

—Y bien? dijo el Psicólogo.

—Este pequeño objeto no es más que un modelo, dijo el Explorador del Tiempo pasando sus manos por encima del aparato.



Este es el proyecto que yo he hecho de una máquina para viajar á través del tiempo. Notarán ustedes que tiene un aspecto singularmente ambiguo y que esta barra cintilante tiene una fisonomía peregrina,

y en algún modo irreal—é indicó la barra

con el dedo. Vean ustedes también esta palanquita blanca y esa otra.

El Doctor se levantó y examinó cuidadosamente la cosa.

—Está admirablemente construida, dijo:

—He empleado dos años en hacerla, respondió el Explorador del Tiempo. Después, cuando todos hubieron imitado al Doctor, continuó: Ahora es preciso que comprendan ustedes netamente, si á esta palanca se la oprime por encima envía la máquina á deslizarse en el futuro, y esta otra contraría tal movimiento. Esta silla representa el sitio del Explorador del Tiempo. Dentro de un momento oprimiré la palanca y la máquina partirá. Se desvanecerá, pasará á los tiempos futuros y no reaparecerá más. Miréla bien, examinen también la mesa y dense cuenta de que no hay aquí superchería alguna. Yo no tengo gana de perder este modelo y oírme llamar en seguida charlatán.

Hubo un silencio de un minuto quizá. El Psicólogo estuvo á punto de hablarme pero se contuvo. Entonces el Explorador avanzó su dedo hacia la palanca.

—No, dijo de pronto, deme usted su mano.

Y volviéndose hacia el Psicólogo le tomó la mano y le dijo que extendiera el índice. De suerte que fué el Psicólogo quien en persona puso en camino para su interminable viaje el modelo de la Máquina del Tiempo. Todos vimos abatirse la palanca. Yo estoy absolutamente seguro de que no hubo artificio alguno. Se oyó un silbido y la flama de la lámpara vaciló. Una de las bugías de

la chimenea se apagó y la maquinita osciló de pronto, giró sobre sí misma, se volvió indistinta; fué percibida como un fantasma durante un segundo quizá, como un torbellino de cobre cintilando débilmente, y después desapareció. . . . Sobre la mesa no quedaba más que la lámpara.

Durante un minuto todos permanecemos silenciosos. Después Filby declaró que se lo iban á llevar todos los diablos.

El Psicólogo volvió de su estupor y de pronto miró bajo de la mesa. Al ver esto el Explorador del Tiempo se echó á reír alegremente.

—Y bien? dijo con el mismo tono de interrogación del Psicólogo. Después, levantándose fué hacia la tabaquera que estaba sobre la chimenea y comenzó á atiborrar su pipa volviéndonos la espalda.

Nosotros nos miramos con asombro.

—Diga, usted pero esto es serio? dijo el Doctor. Cree usted seriamente que esta máquina está en vías de viajar en el Tiempo?

—Ciertamente dijo nuestro amigo inclinándose hacia la chimenea para inflamar un cerillo. Después se volvió encendiendo su pipa para mirar al Psicólogo á la cara. Este para hacer ver que no estaba turbado tomó un puro y trató de encenderlo sin haberlo cortado. Más aún, tengo aquí, dijo indicando el laboratorio, una máquina grande casi terminada, y cuando esté completamente montada tengo la intención de hacer yo mismo un viajecito.

—Pretende usted que su máquina viaja en el porvenir? pregunto Filby.

—En los tiempos por venir ó en los tiempos pasados; á fe mía no se bien en cuales.

Un instante después el Psicólogo tuvo una inspiración.

—Si la máquina se ha ido á alguna parte debe ser al pasado.

—Por qué? preguntó el Explorador del Tiempo.

—Porque presumo que no se ha movido en el espacio, y si viajase en el porvenir estaría aún aquí en este momento, puesto que tendria que recorrer este momento.

—Pero, dije yo, si viajase en el pasado debería haber sido visible cuando, hace unos momentos entramos á esta pieza; así mismo el jueves último, y el jueves ante pasado, y los anteriores.

—Objeciones serias, hizo notar con un aire de imparcialidad el Provinciano volviéndose hacia el Explorador del Tiempo.

—No por cierto, respondió ése. Después dirigiéndose al Psicólogo: Usted que es un pensador puede explicar esto. Pertenece al dominio de lo inconsciente, de la percepción debilitada.

—Sí, ciertamente, dijo el Psicólogo tranquilizándonos. Este es un punto muy sencillo de psicología. Debí yo haberlo pensado; es sobrado evidente y sostiene á maravilla la paradoja. Nosotros no podemos ya ver ni apreciar esta máquina de la propia suerte que no podemos ver los rayos de una rueda lanzada á toda velocidad ó de una bala lan-

zada á través del espacio. Si aquella avanza en el tiempo cincuenta veces ó cien veces más aprisa que nosotros, si recorre un minuto en tanto que nosotros recorremos un segundo, la impresión producida será naturalmente una cincuentava ó una centésima de lo que sería si la máquina no viajase en el Tiempo. Esto es bien evidente.

Pasó en seguida su mano por el sitio en que la máquina había estado.

—Comprenden ustedes? dijo riendo.

—Nosotros seguíamos sentados, con los ojos fijos sobre la mesa vacía, hasta que nuestro amigo nos hubo preguntado lo que pensábamos de todo esto.

—Esto me parece muy plausible hoy, dijo el Doctor, pero esperemos hasta mañana, esperemos el buen sentido matinal.

—Quiéren ustedes ver la otra máquina? preguntó nuestro amigo.

Y diciendo y haciendo tomó una lámpara y nos condujo á lo largo del corredor que llevaba á su laboratorio. Yo recuerdo muy vivamente la luz temblorosa, la silueta de su gran cabeza extraña, la danza de las sombras, nuestro desfile en pos de él, todos embobados pero incrédulos; y también como percibimos en el laboratorio una máquina mucho más grande que el pequeño mecanismo que habíamos visto desaparecer ante nuestros ojos. Comprendía dicha máquina partes de níquel, de marfil; otras habían sido limadas ó trabajadas en el cristal de roca. El conjunto era casi completo, salvo las barras de cristal que no estaban aún concluidas y se acian sobre un cartón, al lado de al-

gunos bocetos y planos y yo tomé una para examinarla mejor: parecía ser de cuarzo.

—Veamos! dijo el Doctor, hable usted seriamente ó bien no es más que una superchería como ese fantasma que nos hizo usted ver la Noche Buena pasada?

—Yo espero, dijo nuestro amigo elevando la lámpara, explorar el Tiempo en esta máquina. Es claro eso? Jamás he sido más serio en mi vida.

Ninguno de nosotros sabía cómo tomar aquello.

Yo encontré la mirada de Filby por encima del hombro del Doctor; y hubo un selené guño de ojos.

El Explorador vuelve.

Paréceme que ninguno de nosotros creímos entonces en la máquina. El hecho es que nuestro amigo era uno de esos hombres que son demasiado inteligentes, demasiado hábiles ó demasiado astutos para que se les crea; se tenía ante él la impresión de que no se le veía jamás por completo, se sospechaba siempre alguna sutil reserva, alguna ingenuidad en emboscada detrás de su lúcida franqueza. Si Filby hubiese sido el que nos hubiese mostrado el modelo y explicado la cosa, habríamos sido por nuestra parte con respecto á él menos escépticos. Porque nos habríamos dado cuenta de sus motivos: Un salchichero comprendería á Filby. Pero el Explorador del Tiempo tenía sobre sí más de una sospecha de fantasía entre sus elementos y desconfiábamos de él. Cosas que habrían hecho el renombre de hombres mu-

cho menos capaces, parecían entre sus manos supercherfías. Es un error ese de hacer las cosas con demasiada facilidad. Las gentes graves que le tomaban á lo serio no se sentían jamás seguros respecto á su modo de ser. Parecían de alguna manera sentir que comprometer sus reputaciones de sano juicio con él era amueblar una escuela con objetos de porcelana frágil. Así yo no creo que ninguno de nosotros haya hablado demasiado del Explorador del Tiempo en el intervalo que separó ese jueves del siguiente.

El jueves siguiente yo me dirigí á Richmond—porque yo era, según creo, uno de los huéspedes más asiduos del Explorador del Tiempo—y, llegando un poco tarde, encontré cuatro ó cinco amigos reunidos en el salón. El doctor estaba apoyado en la chimenea con una hoja de papel en una mano y su reloj en la otra. Yo buscaba con los ojos al Explorador del Tiempo.

—Son ahora las siete y media, dijo el Doctor, creo que haríamos mejor en comer.

—Donde está él? dije yo nombrando á nuestro huésped.

Es cierto. Usted acaba de llegar. Es singular lo que pasa. Nuestro amigo está inevitablemente retenido y ha dejado esta palabra para invitarnos á comer á las siete, dado que él no estuviese aquí. Añade que explicará su retardo cuando vuelva.

—En efecto, es lastimoso que se eche á perder la comida, dijo el redactor en jefe de un diario bien conocido, y al oír esto, el Doctor tocó el timbre.

El Psicólogo, el Doctor y yo, éramos los

únicos que habíamos asistido á la comida precedente. Los otros eran Blank, el director del periódico mencionado, un cierto periodista y otro personaje—tranquilo, tímido y barbudo—á quien yo no conocía, y que hasta donde pude observarlo no abrió los labios toda la noche. En la mesa se hicieron muchas conjeturas sobre la ausencia del amo de la casa, y á manera de broma yo sugerí que tal vez exploraba su cuarta dimensión. El Redactor en jefe pidió la explicación de la cosa y el Psicólogo, con mucha amabilidad, dió un rápido relato del paradójal é ingenioso subterfugio de que había sido tes-



tigo ocho días antes. En medio de su explicación la puerta del comedor se abrió lentamente y sin ruido. Yo estaba sentado enfrente de la puerta y fui el primero que la vió abrirse.

—Y bien, á pesar de todo, exclamé.

La puerta se abrió más grande y el Explorador del Tiempo apareció ante nosotros. Yo lancé un grito de sorpresa.

—Gran Dios! pero qué pasa? preguntó el doctor que le vió en seguida. Y todos los convidados se volvieron hacia la puerta.

Nuestro amigo estaba en un estado sorprendente. Su vestido estaba polvoso y sucio, maculado de manchas verdosas en las mangas; su cabellera estaba enredada y me pareció más gris—sea á causa del polvo ó porque su color en realidad hubiese cambiado. Su rostro estaba horriblemente pálido. Tenía una herida en la barba, una herida á medio cerrar. Las facciones estaban alteradas y en sus ojos se leía la expresión de los que son presa de un intenso sufrimiento. Vaciló un instante, deslumbrado sin duda por la claridad. Después entró cojeando, ni más ni menos que un vagamundo cuyos piés están adoloridos. Nosotros le mirábamos en silencio, esperando que hablase.

No abrió la boca, pero avanzó penosamente hasta la mesa é hizo un movimiento para alcanzar el vino. El Redactor en Jefe llenó un vaso de champaña y se lo presentó. El lo vació de un sorbo y pareció sentirse mejor; porque su mirada recorrió la mesa y la sombra de su sonrisa habitual erró sobre sus labios.

—Qué diablos ha hecho usted? dijo el doctor.

El Explorador del Tiempo no pareció oírle.

—Que yo no los interrumpa á ustedes, so-

bre todo, dijo con una voz mal segura. Estoy bien.

Se detuvo, tendió su vaso para que lo llenasen y lo vació de un solo trago.

—Esto me hace bien! dijo.

Sus ojos se aciaron y un rosa ligero le vino á las mejillas. Su mirada recorrió rápidamente nuestros rostros con una especie de sombría aprobación y dió en seguida la vuelta á la sala caliente y confortable. Después habló de nuevo, como si buscara aún el camino á través de sus palabras.

—Voy á lavarme y á cambiarme, después volveré y les daré á ustedes las explicaciones prometidas. . . . Guárdenme algunas tajadas de carnero. Me muero literalmente de hambre.

Reconoció de pronto al Redactor en Jefe que era un convidado asaz raro, y le dió la bienvenida. El Redactor comenzó una pregunta.

—Yo le responderé luego, dijo el Explorador del Tiempo. Me siento un poco. . . . mal. Ya pasará todo.

Dejó el vaso sobre la mesa y se dirigió á la puerta de la escalera. Yo noté de nuevo que cojeaba, y que su pié hería pesadamente el pavimento, y levantándose un poco pude ver sus piés en tanto que salía: Estaba sencillamente cazado con un par de zuecos destrozados y manchados de sangre. Después la puerta se cerró detrás de él. Buenas ganas me daban de seguirle, pero recordé cómo le disgustaba que se embarazase uno á propósito de él. Durante un momento me divagué. Después oí al Redactor en Jefe que

decía: *Singular conducta de un sabio famoso*; porque según su costumbre él pensaba en títulos de artículos. Y esto trajo mi atención hacia la mesa resplandeciente.

—Estoy seguro, dije, que se trata aún de esa historia de la Máquina del Tiempo.

La conversación se aventuró durante algunos minutos por el camino de las congelaturas, hasta que el Explorador del Tiempo, vestido correctamente, regresó de su alcoba y vino á sentarse sin decir una palabra; sonreía tranquilamente, con su modo habitual.

—Dónde está mi parte? dijo. Qué placer es el de hundir aún el tenedor en esta carne.

—Bromista, dijo el Redactor en Jefe.

—Al diablo la bronal! dijo el Explorador del Tiempo. Tengo necesidad de comer y no diré una palabra antes de haber vuelto á poner un poco de peptona en mis arterias. Gracias. Pásenme la sal.

—Una sola palabra, dije yo. Vuelve usted de la Exploración?

—Sí, dijo él con la boca llena y sacudiendo la cabeza.

—Yo pago á un chelin la línea por un relato *in extenso*, dijo el Redactor en Jefe.

El Explorador alargó su vaso hacia el del Hombre silencioso que le miraba embobado, tuvo un sobresalto convulsivo y le derramó el vino. La comida se acabó en medio de un malestar general. Por mi parte algunas preguntas repentinas me venían incesantemente á los labios y estoy seguro de que así les pasaba á todos los demás. El periodista ensayó disminuir la tensión de los espíritus

contando anécdotas. Nuestro amigo prestaba toda su atención á su comida y parecía tener el apetito de un hambriento. El Doctor fumaba un cigarrillo y contemplaba al Explorador á través de sus pupilas medio cerradas. El Hombre silencioso parecía aún más torpe que de costumbre y vaciaba su copa de champaña con una regularidad y una determinacion puramente nerviosas. Por fin nuestro huésped abandonó su cubierto y nos miró.

—Es necesario que les dé á ustedes mis excusas, dijo. Me moría sencillamente de hambre. Pero he pasado algunos momentos bien sorprendentes.

Tomó un puro cuya punta cortó.

—Pero vengan ustedes á la sala de fumar. Se trata de una historia demasiado larga para contarla en medio de la vajilla sucia.

Después sonó la campanilla y levantándose nos condujo á la sala en cuestión.

—Ha hablado usted de la Máquina á Blank y á los otros? me dijo él dejándose caer sobre su sillón.

—Pero la cosa no es más que una simple paradoja! dijo el Redactor en Jefe.

—Yo no puedo discutir esta noche. Deseo referir á ustedes la historia, pero no discutirla. Voy, continuó, á hacerles la relación de lo que me ha acontecido, si quieren; pero será preciso que se abstengan de interrumpirme. Tengo necesidad de referirla, absolutamente. La mayor parte parecerá pura invención, sea; pero todo es cierto, hasta la menor palabra, sea cual fuere. Yo estaba en mi laboratorio á las cuatro y desde entonces...

he vivido ocho días... días tales que ningún ser humano los ha vivido antes! Estoy casi agotado, pero no quiero dormir; antes de haberles referido la cosa desde el principio hasta el fin. Después de eso iré á acostarme. Pero no me interrumpan: está convenido?

—Convenido, dijo el Redactor en Jefe y todos repetimos: Convenido!

Entonces el Explorador del Tiempo refirió su historia tal cual yo la transcribo en seguida:

IV

EL VIAJE.

«Ya expuse el jueves último á algunos de ustedes los principios de mi Máquina para viajar en el Tiempo y se las mostré tal cual estaba, incompleta aún y en obra. Ahora está un poco fatigada por el viaje á decir verdad; una de las barras de marfil está descalabrado y un travesaño de cobre falsea; pero el resto está aún demasiado sólido.

«Yo pensaba acabarla el viernes, pero el viernes cuando estaba ya casi montada, me percibí de que una de las barras de níquel tenía una pulgada menos de longitud de las que debía tener y fué preciso rehacerla, de suerte que la máquina no estuvo completamente acabada hasta esta mañana. Fué, pues, ahora á las diez, cuando la primera de todas las máquinas de este género comenzó su carrera. Yo la examiné por última vez, me aseguré de la solidez de los engranajes;

una gota de aceite más en una de las juntas del cuarzo y cárame instalado sobre la silla. Supongo que el que va á suicidarse, y que apoya en su cráneo la pistola, debe experimentar como yo experimentaba entonces el mismo sentimiento de curiosidad por lo que va á pasar inmediatamente después! Yo tomé con una mano la palanca que la pone en movimiento y con la otra palanca que la detiene—apoyé sobre la primera y casi inmediatamente sobre la segunda. Creí vacilar, después tuve una sensación de caído como en una pesadilla. Entonces, mirando en rededor ví mi laboratorio tal cual de ordinario estaba. Había pasado algo?

Por un momento supuse que mi entendimiento me jugaba alguna mala pasada. Ví entonces el péndulo. Un momento antes marcaba á lo que me había marcado un minuto ó dos, después diez; ahora marcaba las tres y media.

Respiré, apreté los dientes, empuñé con ambas manos la palanca motriz y partí de un solo golpe. El laboratorio se volvió brumoso, después obscuro. Entró la criada y se dirigió sin que pareciera verme hacia la puerta del jardín. Supongo que necesitaba un minuto ó dos para atravesar la pieza, pero me pareció que había sido lanzada de una puerta á la otra como una pelota. Apoyé mi mano sobre la palanca hasta su más extrema posición. La noche vino como cuando se apaga una lámpara, y un momento después había llegado la mañana siguiente. El laboratorio se volvió confuso y brumoso y á cada momento era ma-

por esta confusión. Mañana en la noche llegó todo oscuro, luego el día. luego la noche, después días y noches más y más precipitados. Un murmullo vertiginoso llenaba mis oídos, una misteriosa confusión descendía sobre mi espíritu.

«Temo no poder expresar las singulares sensaciones de un viaje á través del Tiempo: Son excesivamente desagradables. Se experimenta exactamente la misma cosa que en la montaña rusa; un irresistible impetu de descenso. Yo experimentaba también la horrible anticipación de un aplastamiento inevitable é imponente. Durante esta carrera la noche seguía al día con la misma palpitación de una gran ala negra.

«La oscura percepción del observatorio desapareció bien pronto y ví al sol saltar precipitadamente á través del cielo, dando tumbos á cada minuto y marcando cada minuto un día. Pensé que el laboratorio debió haber sido destruido y que estaba yo ahora en pleno aire. Tuve la vaga impresión de escalar andamios, pero iba ya mucho más aprisa, para tener conciencia de los movimientos que me rodeaban. El escarabajo más lento que pueda haber, subía demasiado aprisa, para que yo lo viese. La cintilante sucesión de la claridad y de las tinieblas era excesivamente penosa para mis ojos. Después, en las tinieblas intermitentes, veía yo á la luna recorrer rápidamente sus fases y entreveía débilmente las revoluciones de las estrellas. Bien pronto, en tanto que avanzaba con una creciente velocidad la palpitación del día y de la noche, se fundió en un tinte

gris continuo. El cielo se revistió de una admirable profundidad azul, de un espléndido matiz luminoso como el del crepúsculo matinal; el sol, que parecía saltar, se volvió una lista de fuego, un arco luminoso en el espacio; la luna, una banda ondulante y más débil, y ya no ví estrellas, sino de cuando en cuando un círculo brillante que temblaba.

«El ambiente era brumoso y vago, yo estaba siempre en el flanco de la colina, sobre la cual está construida esta casa y la terraza se elevaba por encima de mí gris y confusa. Ví árboles que crecían y que, como bocanadas de vapor, se volvían ya rojos, ya verdes. Crecían, se extendían, se rompían y desaparecían.

«Ví inmensos edificios elevarse, vagos y espléndidos y pasar como ensueños. Toda la superficie de la tierra parecía cambiada—ondulando y desvaneciéndose ante mis ojos. Las agujetas en los cuadrantes que registraban mi velocidad corrían más y más aprisa. Bien pronto noté que el círculo luminoso del sol subía y descendía, de un solsticio al otro, en menos de un minuto y que, en consecuencia, yo iba á una velocidad de más de un año por minuto, y de minuto en minuto la nieve blanca aparecía sobre el mundo y se desvanecía para ser substituída por la verdura joyante y breve de la primavera.

«Las sensaciones desagradables de la partida eran ahora menos punzantes. Bien pronto se fundieron en una especie de hilaridad nerviosa. Yo notaba, sin embargo, un balanceo pesado de la máquina, cuya causa no podía explicarme. Pero mi espíritu esta-

ba demasiado confuso para prestarle gran atención, aun cuando con una locura creciente me lanzase hacia el porvenir. Al principio apenas pensaba en detenerme, apenas pensaba en otra cosa que en esas sensaciones nuevas, pero bien pronto otra serie de impresiones me vino al espíritu — una especie de curiosidad y con ella cierto temor, hasta que al fin ambas se apoderaron de mí. Qué extraños desenvolvimientos de la humanidad, qué maravillosos adelantos con respecto á nuestra civilización rudimentaria, iba yo á percibir cuando llegase á mirar de cerca ese mundo vago é ilusorio que se desarrollaba y ondulaba ante mis ojos? Veía monumentos de una grande y espléndida arquitectura elevarse alrededor de mí, más macizos que ninguno de los edificios de nuestra época, y sin embargo, me parecía que estaban hechos de bruma y de claridad débil. Ví un verde mucho más rico extenderse sobre la colina, y permanecer allí sin intervalo alguno de invierno. Aun á través del velo que me volvía confusas todas las cosas, la tierra parecía muy bella. Y de esta suerte me vino la idea de detener la máquina.

«El peligro que corría era la posibilidad de encontrar algún nuevo objeto en el lugar que la máquina y yo ocupábamos. . . . Mientras viajaba con toda velocidad, ese peligro no significaba nada. Yo estaba por decirlo así atenuado. Me deslizaba como un vapor á través de los intersticios de las sustancias interpuestas! Pero detenerse implicaba quizá mi aplastamiento, molécula por molécula, en aquello que podía encontrarse á mi paso,

suponía un contacto tan íntimo de mis átomos con aquellos del obstáculo que resultaría una profunda reacción química — acaso una explosión formidable, que nos arrebatara á mi aparato y á mí, fuera de toda dimensión posible. . . . á lo desconocido.

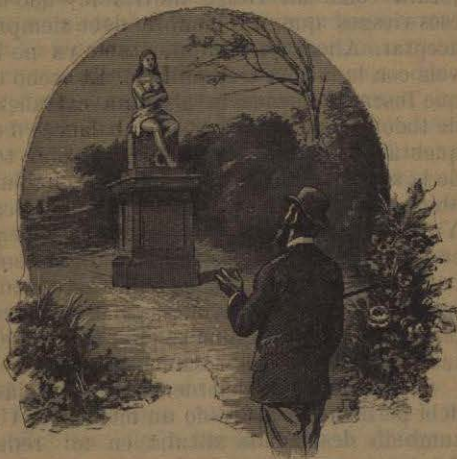
«Esta posibilidad se había representado con mucha frecuencia en mi espíritu en tanto que yo hacía la máquina, pero entonces yo había examinado tranquilamente esta conjetura como un riesgo inevitable — uno de esos riesgos que un hombre debe siempre aceptar. Ahora que era inevitable ya no lo veía con la misma tranquilidad. El hecho es que insensiblemente, la absoluta extrañeza de todo lo que me rodeaba, el balanceo ó el quebrantamiento de la máquina, y sobre todo la sensación de caída prolongada, habían absolutamente transformado mis nervios. Yo me decía que no podía ya detenerme y, en un acceso de nerviosidad, decidí, sin embargo detenerme sobre la marcha. Con una impaciencia insensata oprimí la palanca correspondiente y la máquina se puso á dar vueltas y fué lanzado sepantosamente al aire.

«Hubo un ruido de trueno en mis orejas; debí permanecer aturdido un momento. Un zumbido despiadado silbaba en mi rededor y me encontré sentado sobre un suelo blando, ante la máquina caída. Todas las cosas me parecían grises aún, pero bien pronto noté que había cesado el ruido confuso en mis orejas y miré en mi rededor. Estaba sobre algo que podía ser un pequeño prado, en un jardín rodeado de macizos de rododendrones, cuyos pétalos, malvas y púrpuras caían

en lluvia tupida sobre la máquina. Llovía y en un instante me sentí empapado.

—«Excelente hospitalidad, dije,—para un hombre que acaba de recorrer innumerables años para veros.

«Por fin pensé que era estúpido dejarse mojar, me levanté y busqué con los ojos donde refugiarme. Una figura colosal, tallada aparentemente en alguna piedra blanca



aparecía indistintamente más allá de los rodredones, á través de la bruma. Pero el resto del mundo era invisible.

«Sería penoso referir mis impresiones. Como la tormenta cesaba, percibí más distintamente la figura blanca. Debía ser muy grande porque uno de los árboles que crecían

cerca de ella apenas le llegaba al hombro. Era de mármol blanco y recordaba por su forma alguna esfinge alada, pero las alas en vez de estar replegadas verticalmente estaban extendidas, de suerte que parecía cernirse en el aire. El pedestal me parecía que era de bronce y cubierto de un verde grisáceo. La cara de la estatua estaba de mi lado, con los ojos sin luz parecía espiarme; tenía sobre los labios la débil sombra de una sonrisa. El conjunto estaba grandemente usado por el tiempo y daba la idea de un pez desagradable, roído por la enfermedad. Me que lé ahí examinándola durante media hora. Parecía retroceder ó avanzar según que la lluvia caía entre ella y yo, más ó menos densa. Al fin volví mis ojos á otra parte y ví que las nubes se esclarecían y que el cielo se alumbraba con la promesa del sol.

«Volví de nuevo mis ojos hacia la forma blanca y me apareció súbitamente toda la temeridad de mi viaje. Qué iba á suceder cuando el telón de brumas que hasta ahí me había disimulado se disipase enteramente? Qué especie de seres iba á encontrarme? Qué hacer si la crueldad se había convertido en una pasión vulgar? Qué hacer si en ese intervalo de tiempo la raza había perdido su humanidad y se había desarrollado en un sentido inhumano, odioso y formidable? Podría yo parecer algún animal salvaje del viejo mundo, tanto más horrible y disgustante, cuanto que físicamente debería parecerme á ellos—un ser malvado á quien era preciso aplastar desde luego.

«Ya empezaba yo á percibir otras formas

vastas—inmensos edificios con parapetos complicados y altas columnas, en los flancos de una colina que descendía dulcemente hasta mí, en medio de la lluvia apaciguada. De pronto se apoderó de mí un terror pánico. Corrí locamente hasta la máquina é hice violentos esfuerzos para alistarla. Durante este tiempo los rayos del sol atravesaron el amontonamiento de nubes. La lluvia pasó y se desvaneció como el traje ondulante de un fantasma. Por encima de mí, en el azul intenso de un cielo de estío, algunos ligeros y sombríos girones de nubes torbellineaban desgregándose. Los grandes edificios que me rodeaban se elevaban, claros y distintos, brillando en la diafanidad del aire. Me sentía como demudado, en un mundo extraño. Experimentaba lo que acaso resiente el pájaro en el aire claro cuando sabe que el buitre se cierne y va á caer sobre él. Mi temor se volvía frenesí. Respiraba fuertemente, apretaba los dientes y me asía desesperadamente á la máquina que al fin cedió golpeándome la barba.

«Con una mano sobre la silla y la otra sobre la palanca, me quedé resollando angustiosamente, listo para partir.

«Pero con la esperanza de una próxima retirada me volvió el valor. Consideré más curiosamente y con menos temor ese mundo de un porvenir lejano. Por un ventana redonda, muy alta, en el muro de un edificio próximo, ví un grupo de séres revestidos de ricas y blandas ropas. Me habían visto, porque sus rostros se habían vuelto hacia mí.

«Oh entonces voces que se aproximaban.

Venían á través de los macisos que rodeaban la Estinge blanca. Uno de ellos desembocó por un sendero que llevaba derecho al pradito en el cual me encontraba con mi máquina. Era una delgada criatura—de cuatro piés de altura poco más ó menos—vestida con una túnica de púrpura retenida en el talle por un cinturón de cuero. Unas sandalias ó brodequines—no pude determinarlos á punto fijo—recubrían sus piés; sus piernas estaban desnudas desde las rodillas y no llevaba nada en la cabeza. Haciendo estas observaciones me dí cuenta por primera vez de la dulzura del aire.

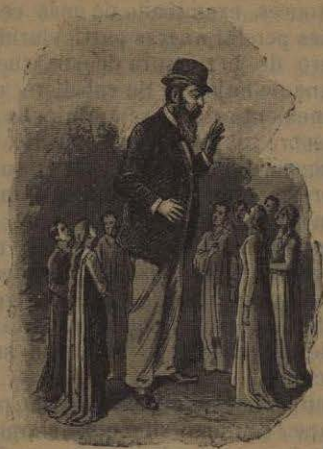
«Me sorprendió el aspecto de aquella criatura extremadamente frágil, pero bella y graciosa, que me recordaba los rostros de los tísicos—la beldad exangüé de que tanto se nos ha hablado.—A su vista volví rápidamente á tener confianza y mis manos abandonaron la máquina.

EN LA EDAD DE ORO.

«En un instante estuvimos frente á frente aquel sér frágil y yo El avanzó sin vacilar y se echó á reír en mis narices. La ausencia de todo signo de temor en su aspecto me hirió desde luego. Después se volvió hacia los otros dos que le seguían y les habló en un lenguaje extraño, armonioso y muy dulce.

«Llegaron todavía otros y bien pronto al rededor de mí hubo como ocho ó diez de esos seres exquisitos. Uno de ellos me dirigió la palabra. Me vino al espíritu la idea peregrina de que mi voz era demasiado ruda y demasiado profunda para ellos. De suerte que moví la cabeza y mostrándole mis orejas la moví otra vez.

«El dió un paso hacia adelante, vaciló y luego tocó mi mano. Sentí entonces otros pequeños y tiernos tentáculos en mis hombros y en mi espalda. Querían darse cuenta



exacta de si era yo un sér real. Nada alarmante había en esto. Desde luego se notaba en las maneras de estos pequeños seres algo que inspiraba confianza, una graciosa gentileza, cierta soltura pueril. Y eran por otra parte tan frágiles que yo me imaginaba poderlos derribar como pajas. Hice sin embargo un movimiento de alarma para prevenirles que no tocaran la máquina cuando empezaron á hacerlo.

«Felizmente en aquellos momentos en que aún había luz percibí un peligro en el cual hasta entonces no había pensado. Quité las pequeñas palancas que ponían el aparato en movimiento y las guardé en mis bolsillos.

Después busqué la manera de comunicarme con mis huéspedes.

«Entonces, examinado de más cerca sus facciones percibí nuevas particularidades en el género de hermosura de sus cuerpos de porcelana de Sajonia. Su cabellera que era uniformemente rizada se terminaba brusca-mente sobre sus mejillas y su cuello. No había el menor indicio de barbas en su rostro y sus orejas eran singularmente menudas. Su boca era pequeña con labios de un rojo vivo pero muy delgados, y sus mentos acababan en punta. Sus ojos eran grandes y dulces y aunque esto puede parecer egoísta de mi parte, me pareció que les faltaba una parte del interés que yo les había supuesto al principio.

«Como no hacían esfuerzo alguno para comunicarse conmigo sino que simplemente me rodeaban sonriendo y conversando entre sí con entonaciones dulces y acariciadoras, ensayé entablar con ellos una conversación. Les indiqué con el dedo la Máquina, después mi propia persona, en seguida, preguntándome un instante cómo les expresaría la idea del Tiempo, les mostré con un dedo el sol. Inmediatamente una personita graciosa, vestida de una tela abigarrada de púrpura y blanco, siguió la indicación de mi dedo y con gran asombro de mi parte imitó el ruido del trueno.

«Por un instante me quedé estupefacto porque la significación de su gesto me pareció muy clara. En mi espíritu surgió repentinamente esta pregunta: Estarían locos todos ellos? Es difícil que se imaginen uste-

des como me vino esta idea. Ustedes saben que yo he creído siempre que las gentes que vivirán en el año de 2800 nos habrán sobrepasado de una manera increíble en ciencia, en artes y en todas las cosas. Y he aquí que uno de edad más adelantada me proponía una pregunta que lo colocaba al nivel intelectual de un niño de cinco años. Uno de ellos me preguntaba en efecto si había yo evnido del sol ó del trueno!

«Esto echó á perder la opinión que me había yo formado de ellos en vista de sus trajes, de sus miembros frágiles y ligeros y de sus facciones delicadas. Una gran decepción se apoderó de mi espíritu. Durante un momento creí que había inventado inútilmente la Máquina del Tiempo.

«Incliné la cabeza, indiqué de nuevo el sol y llegué á imitar de una manera tan perfecta un trueno que todos se estremecieron.

«Retrocedieron algunos pasos y se inclinaron. Entonces una personita avanzó riendo hacia mí llevándome una guirnalda de flores magníficas y enteramente frescas y me la puso al rededor del cuello. Su actitud fué acogida por un melodioso aplauso y bien pronto todos se pusieron á correr de aquí para allá cortando flores y arrojándomelas en medio de risas hasta que quedé literalmente sofocado bajo aquella lluvia. Ustedes que jamás han visto algo semejante no pueden casi imaginarse qué deliciosas y maravillosas flores pueden crear innumerables años de cultura.

«Entonces uno de ellos sugirió que su juguete debía ser exhibido en el edificio más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
41 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Aedo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29237

próximo; y de esta suerte fui conducido hacia un vasto monumento de piedra gris, del otro lado de la Esfinge de mármol blanco, que, durante todo este tiempo, parecía observarme sonriendo de mi asombro.

«En tanto que yo los seguía, el recuerdo de mis confiadas previsiones de una posteridad profundamente grave é intelectual me volvió al espíritu de una manera irresistiblemente divertida.

«El edificio tenía una amplia entrada y era verdaderamente de dimensiones colosales. Yo naturalmente me preocupaba más y más de la creciente multitud de porticos y de grandes portales que se abrían ante mí oscuros y misteriosos. Mi impresión general del mundo ambiente era la de una inexplicable confusión de arbustos y de flores admirables, de un jardín largo tiempo abandonado y sin embargo sin malas hierbas. Ví cierto número de extrañas flores blancas en largos tallos, que medían hasta un pié en toda la extensión de sus pétalos de cera. Crecían esparcidas como salvajes entre los arbustos variados, pero como ya he dicho no pude examinarlas atentamente esta vez. La Máquina se quedó abandonada sobre los céspedes, entre los rododendros.

«El arco de la entrada estaba ricamente esculpido pero yo no pude naturalmente observar de cerca las esculturas, aunque sí observé al pasar, diversos motivos de antiguas decoraciones fenicias y me sorprendió verlas tan usadas y mutiladas. Encontré en el umbral del pórtico muchas gentes, más brillantemente vestidas, y así entramos, yo, trajea-

do á la usanza del Siglo XIX, con un aspecto asaz grotesco, rodeado de aquella masa remolineante de trajes de matices brillantes y dulces y de miembros delicados y blancos, en medio de un rumor confuso de risas y de exclamaciones alegres.

«El gran portal conducía á una sala relativamente vasta, tapizada de telas oscuras. El techo estaba en la obscuridad y las ventanas, guarnecidas en parte de vitrales de color dejaban penetrar una luz templada. El suelo estaba formado de grandes bloques de un metal muy blanco y duro—ni placas, ni piedras—sino blocs, y estaba usado por los pasos, pensé yo, de innumerables generaciones, pues los corrillos más frecuentados mostraban su huella.

«Perpendiculares á la longitud había una infinidad de mesas de piedra pulida, elevadas acaso un pié sobre el piso, y en las cuales había amontonadas muchas frutas. Reconocí algunas como especies de frambuesas y de naranjas, hipertrofiadas, pero la mayor parte me parecían extrañas.

«Entre las mesas los pasadizos estaban tapizados de cojines sobre los cuales se sentaron mis conductores indicándome por señas que hiciese yo otro tanto. Con una agradable ausencia de ceremonia comenzaron á comer frutas con las manos y arrojaban las cáscaras y otros residuos en agujeros redondos, practicados en los costados de las mesas. Yo no tardé en seguir su ejemplo, porque tenía hambre y sed, y en tanto que comía me puse á observar la sala.

«He aquí una comida sobrado frugal, pen-

saba. Inmediatamente que me restauré un poco decidí intentar resueltamente el aprendizaje de la lengua de mis nuevos compatriotas. Era esta evidentemente la primera cosa que debía hacerse. Las frutas me parecían una excelente oportunidad para entrar en materia y tomé una que elevé en mis manos, ensayando una serie de sonidos y de gestos interrogativos. Experimenté una dificultad considerable para hacer comprender mi intención. Al principio mis esfuerzos no encontraron más que miradas de sorpresa y risas inextinguibles, pero de pronto una criaturita pareció comprender el objeto de mi mímica y repitió un nombre. Todos debieron charlar y explicarse muy largamente entre sí y mis primeras tentativas para imitar los sonidos exquisitos de su dulce lengua parecieron divertirles enormemente, de una manera desnuda de toda afectación, aún cuando no fuese muy civil. Sin embargo yo me causaba el efecto de un maestro de escuela en medio de niños y persistía tanto que pronto me encontré en posesión de unas veinte palabras cuando más; después llegué á los pronombres demostrativos y aún al verbo comer. Pero eso fué largo. Las personitas aquellas se fatigaron muy pronto y experimentaron la necesidad de huir de mis interrogaciones; de suerte que resolví por necesidad tomar mis lecciones á pequeñas dosis porque jamás he visto gentes más indolentes y más fácilmente fatigadas.

VI

EL CREPUSCULO DE LA HUMANIDAD.

«Bien pronto hice el extraño descubrimiento de que mis pequeños huéspedes no se interesaban realmente por nada. Como niños se aproximaban á mí llenos de ímpetu, con gritos de sorpresa, pero como niños también cesaban bien pronto de examinarme y se apartaban en busca de cualquiera otra bagatela. Después de la comida y de mis ensayos de conversación, noté por primera vez que todos aquellos que á mí llegaban y me habían rodeado, se habían ido, y es también extraño cómo á poco rato yo mismo dejé de hacer caso de aquellos personajitos. Habiéndose satisfecho mi hambre y mi curiosidad volví, franqueando la puerta hacia afuera, á la claridad del sol. Sin cesar me encontraba nuevos grupos de esos humanos del porvenir y me seguían á alguna distancia, charlando y riendo á costa mía, y después de haberme

sonreído y hecho algunos signos amistosos, me abandonaban á mis reflexiones.

«Cuando salí del vasto edificio, la calma de la tarde descendía sobre el mundo y la escena no estaba alumbrada más que por los tibios púrpuras del sol poniente. Todas las cosas me parecían muy confusas.—Era todo tan diferente del mundo que yo conocía—aún las flores! El gran edificio que acababa de abandonar estaba situado sobre la pendiente que descendía á lo largo del río; pero el Támesis se había transportado como á una milla de su posición actual.

«Resolví ascender, como á milla y media, á la cima la de colina, de donde podría arrojar una mirada más amplia sobre esa humanidad de ochocientos dos mil setecientos, porque tal era, como habría debido ya decirlo, la fecha que indicaban los pequeños cuadrantes de mi máquina.

«En tanto que avanzaba, estaba atento á toda impresión que hubiera podido en algún modo explicarme la condición de esplendor arruinado, en la cual encontraba al mundo —porque todo tenía la apariencia de ruinas. Por ejemplo, había á poca distancia, al subir la colina, un montón de blocs de granito, unidos por masas de aluminio; un vasto laberinto de muros á pico y de amontonamientos quebrantados, entre los cuales crecían espesos matorros de hermosísimas plantas en forma de pagoda—ortigas á lo que parece—pero de follaje maravilloso, entintado de obscuro y que no podían picar. Eran evidentemente los restos abandonados de alguna vasta construcción elevada con un fin que

yo no podía determinar. Ahí era donde un poco más tarde debía yo sufrir una extraña experiencia—pero luego hablaré á ustedes de eso.

«De una terraza donde yo descansaba un momento, miré en todas direcciones, presa de una repentina idea que me había venido; y no percibi en parte alguna habitaciones. Aparentemente la casa familiar y acaso la familia no existían ya; aquí y allí, en la verdura, se elevaban algunos palacios, pero la casa aislada y el coraje que dan una fisonomía tan característica al paisaje inglés, habían desaparecido.

«Es el comunismo, me dije.

«Y taloneando á ésta vínome otra idea.

«Examiné la media docena de personitas que me seguían. Entonces por una repentina revelación me percibi de que todos tenían la misma forma de traje, el mismo rostro inberbe de tinte delicado, y la misma blandura de los miembros, como grandes niñas. Acaso os parecerá extraño que yo no lo hubiese aún notado. Pero todo era ahí tan extraño! Por cuanto al traje y las diferencias de tejidos y de corte, por el aspecto y la manera de andar, esos hermanos del futuro eran idénticos. Y á mis ojos los niños parecían no ser más que las miniaturas de sus padres. Concluí de eso que los habitantes de entonces eran extremadamente precoces, físicamente á lo menos, y no pude, por tanto, verificar abundantemente esta opinión.

«La soltura, la seguridad con las cuales vivían esas gentes me hacían admitir que ese estrecho parecido de los sexos era des-

pués de todo lo que debía esperar, porque la fuerza del hombre y la debilidad de la mujer, la institución de las familias y las diferencias en las labores son las simples necesidades militantes de una edad de fuerza física. Ahí donde la población es abundante y equilibrada, los nacimientos numerosos son para el Estado un mal más que un bien; ahí donde la violencia es rara y la propagación de la especie no conduce á nada, hay menos necesidad — realmente no hay necesidad — de una familia efectiva y la especialización de los sexos con relación á las necesidades de los niños, desaparece. Ahora encontramos indicios y en aquella edad futura el hecho se había realizado. Esto — debo recordarlo á ustedes — no es más que una simple conjetura que yo hacía en aquel momento. Más tarde debía apreciar hasta qué punto estaba lejos de la realidad.

«En tanto que yo me entretenía en estas cosas, fué atraída mi atención por una linda construccióncita; un pozo bajo una cúpula. Pensé por transición en lo que tenía de curiosa la existencia de un pozo en medio de esos cambios y seguí el hilo de mis especulaciones. No había del lado de la cima de la colina ningún gran edificio y como mis facultades locomotivas tenían algo de milagrosas, pronto me encontré solo por la primera vez. Con una extraña sensación de libertad y de aventura, me precipité hacia la cúspide,

» «Encontré ahí una silla, hecha de un metal amarillo, que no conocí y corroída en sitios por un mohó rosáceo, medio recubierta

de blandísimo musgo, los brazos modelados y pulidos representaban cabezas de grifos. Me senté y contemplé el espectáculo de nuestro viejo mundo, al caer el sol de ese largo día. Era aquel uno de los más bellos y agradables espectáculos que jamás haya visto yo. El sol había franqueado ya el horizonte y el oeste era de oro en llamas, con barras horizontales de púrpura y de escarlata. Bajo de él estaba el valle del Támesis, en el cual el río se extendía como una banda de acero pulido. Ya he hablado de los grandes palacios que punteaban de blanco las variadas verduras, algunos en ruinas y otros ocupados todavía. Aquí y ahí se elevaba alguna forma blanca ó argentada en el jardín desolado de la tierra; aquí y ahí surgía la dura línea vertical de algún monumento con cúpula ó de algún obelisco. Ningún valladar, ningún signo de derechos de propiedad, ninguna apariencia de agricultura; la tierra entera se había vuelto un jardín.

«Observando todos estos hechos, comencé á buscarles una interpretación y he aquí, bajo la forma que tomó aquella tarde, cuál fué el sentido de esa interpretación. Después encontré que no había hallado más que una verdad á medias, que no había percibido más que una faceta de la verdad.

«Creí haber llegado á la época de la declinación del mundo. El crepúsculo rojizo me hizo pensar en el crepúsculo de la humanidad. Por la primera vez comencé á concebir una cosecuencia peregrina del esfuerzo social que ahora intentamos. Y sin embargo, nótenlo ustedes, es una consecuencia sobra-

do lógica. La fuerza es el producto de la necesidad: la seguridad mantiene y alienta la debilidad. La obra de mejoramiento de las condiciones de la existencia—el verdadero progreso civilizador que afirma más y más la vida y disminuye sus inquietudes—había seguido su gradación persistente. Los triunfos de la humanidad unida, sobre la naturaleza, se habían sucedido sin cesar. Las cosas que ahora no son más que sueños, se habían convertido en proyectos deliberadamente puestos en ejecución. Y lo que yo veía ahora era el fruto de todo eso: La inercia absoluta, el eclipse de la intelectualidad.

«Aun el impulso artístico había muerto! Adornarse de flores, cantar y danzar al sol, he ahí todo lo que quedaba del espíritu artístico y nada más. Y aún eso debía más tarde dar lugar á una satisfacción inactiva. Nosotros estamos aguijoneados incesantemente por la espuela del sufrimiento y de la necesidad; pero he aquí que al fin, esa odiosa espuela quedó rota.

«Y me quedé ahí, en medio de las tinieblas que llegaban, pensando haber con esta simple explicación resuelto el problema del mundo,—penetrado el misterio de la existencia de aquellos deliciosos séres. Bien pudo ser que los medios que ellos imaginaron para restringir el crecimiento de la población hubiesen tenido grande éxito, y que su número, en vez de permanecer estacionario, hubiera disminuido. Esto hubiera explicado el abandono de las ruinas. Muy sencilla era mi explicación y suficientemente plausible, como lo son todas las ideas erróneas.

VII

UN GOLPE INESPERADO

«En tanto que yo meditaba en este perfectísimo triunfo del hombre, la luna llena, amarilla é irregular surgió en el Oeste con un desbordamiento de luz argentada. Las brillantes personitas cesaron de agitarse á mis piés y yo me estremecí con el aire fresco de la noche y me decidí á bajar á buscar un paraje donde dormir.

«Busqué con la mirada un edificio que ya conocía. Después mi vista se sumergió á lo lejos hasta la estinga blanca sobre su pedestal de bronce, más y más distinto á medida que la luna ascendente brillaba más. Podía ver perfectamente el paisaje. De un lado el enredo florido de los rododendros sombríos en medio de la luz pálida; del otro el pequeño prado de césped. Una duda singular heló mi satisfacción.—No, me dije resueltamente, esos no son los céspedes